

ILUSTRACION FILIPINA,

PERIÓDICO QUINCENAL.

AÑO I.

MANILA 15 DE OCTUBRE DE 1859.

NÚM. 16.

SUMARIO.

Cuadro de costumbres, lámina.—D. Simon de Anda, *crónica del país*.—Mis soledades en los bosques de Luzon y el Baguio, *poesías*.—Amor á vista de pájaro, *novela*.—A Filipinas por el Cabo, *parte literaria*.—Reseña geográfica, científica, estadística, agrícola, industrial y mercantil de las provincias del archipiélago filipino, *parte científica*.—Efemérides.—Geroglífico.

Cuadro de costumbres.

LA escena campestre representada en la lámina que acompaña á este número de la *Ilustracion*, es uno de aquellos animados y rústicos cuadros de las labores agrícolas, que frecuentemente se ofrecen á nuestra vista en las feraces provincias de este archipiélago; y en particular en las prócsimas á esta Capital, como la de la Laguna, Bulacan y otras.

Es muy frecuente que el viajero que las recorre se acoja á descansar de su jornada, y á guarecerse de los abrasados rayos del sol de mediodia, debajo de un *tapanco* de seca nipa sostenido por cañas, donde suele hallar prócsimas á la rústica vivienda del indio, dos ó mas mujeres que silenciosas *pilan* y golpean el grano del *palay* alternativamente en el *lusong* de madera; especie de mortero en que con el pesado mazo ó *hálo* como se llama en el país, quitan la cascarilla al arroz, su principal alimento, produciendo esta operacion un sordo y continuado ruido, alternado solamente en el silencio de los campos, con el canto del gallo vocinglero, el ronco mujir del *carabao*, el ladrido de algun perro que desconfia de la presencia del nuevo huésped, ó el penetrante rechinar de la cigarra, que se guarece en el verde y frondoso cañaveral, ó en el pajizo *cogon*. Y ya que del *lusong* se ha hablado, no podemos menos de recordar que este comun y tosco mueble del rústico menaje del indio filipino, fué lo que diera lugar al nombre de la isla en que habitamos.

Otras mujeres aventan y limpian en los *bilaos* el grano del arroz *pilado* ya; mientras que una de ellas se dirige á la vivienda, cargada con la *banga* llena de agua del rio cristalino, y ha detenido sus pasos para conversar con un robusto *bagung-tauro*; mientras otro aldeano acurrucado entre las cañas, observa soñoliento las campestres labores de las jóvenes y laboriosas *dalagas*.

A lo lejos se percibe la vejetacion frondosa que se refleja en las tranquilas aguas de algun lago, surcadas solo por la ligera *banca*, cargada de los

mas ópimos frutos de estas ricas comarcas, y por el *casco* que con pesada y lenta marcha los conduce tambien en cantidad mayor á los mercados de Manila. En los últimos términos se dibujan escarpados montes, en los que quizás se eleva el humo del fuego subterráneo, y continuadas cordilleras que aumentan la grandiosidad del cuadro, de la rica y próspera naturaleza de este suelo, que se despliega por do quier á nuestra vista; y en él se encuentran escenas de paz y de rústicas fatigas, que son dignas de darse á conocer con su tranquila calma y su belleza; y con los interesantes tipos de los sencillos labradores entregados á ellas.

R.

Crónica del País.

DON SIMON DE ANDA.

(Continuacion.)

La quietud que se observó en el campamento enemigo pareció favorable á los españoles, y nadie creyó fuese preludio de alguna operacion en grande escala, por cuya razon no se pensó en capitular. Sin embargo, Faller, que como á oficial inteligente no podian ocultarse ni las intenciones de los enemigos ni la situacion de la plaza, volvió á insistir en la capitulacion, porque lamentaba las calamidades que pesaban sobre Manila; pero esta vez como la primera sus gestiones no dieron otro resultado que el de que se aumentase la ogeriza con que desde el principio del sitio le miraba el vecindario.

Nada hace mejor á nuestro intento para probar la confianza de aquel, respecto á sus propias fuerzas, y del equivocado juicio con que juzgó los planes de los ingleses, que el siguiente pasage que hallamos en una apreciable historia de este país.

«La suspension del fuego enemigo pareció á los españoles favorable, en vez de temerse despues de ella alguna grande operacion, y no pensaron en capitular sino M. Faller que al amanecer fué á Palacio á persuadir al gobernador que capitulase, pero halló allí al oidor Galban que se le opuso fuertemente, y estando en el mayor ardor de la disputa llegó la noticia de que el enemigo estaba dentro. En efecto el general inglés despachó 40 franceses de los que habian hecho prisioneros en Pondicheri para que allanasen el foso con las ruinas del baluarte, registrasen si habia alguna cortadura que atajase el paso ó hiciesen señas de todo. Hiciéronlo á su satisfaccion porque no habia quien lo impidiese, y como á las seis de la mañana dieron las concertadas señas; entonces se destacaron 400 hombres comandados por el mayor Felt, y no pudiendo montar la brecha formados por estar muy escarpada, subieron con el fusil á la espalda, no teniendo otro temor sino el que el baluarte estuviese minado, pues les parecía increíble tanto silencio en una plaza atacada no teniendo premeditada alguna estratagemá. No hallando quien le disputase el paso, dividió su tropa el mayor Felt mandando la mitad por la

parte de la marina y la restante hacia la puerta Real, donde estaba la guardia muy sosegada, hasta que les avisó el centinela, é inmediatamente oyeron su fusilería.

»Esta sorpresa causó tal sobresalto que el enemigo redobló su marcha sin encontrar resistencia alguna, hiriendo y matando á cuantos encontró al paso. Mientras tanto un destacamento inglés bajó de la muralla y abrió la puerta Real para que entrase el general Draper, como así se verificó al frente de una gruesa columna con dos cañones de campaña por delante que hacían fuego de tiempo en tiempo, avanzando por la calle Real. La misma marcha y precauciones llevaron las dos columnas que fueron por la muralla rodeando los edificios de la Ciudad, deteniéndose cuando enfilaban por las calles, por si acaso hallaban gente.

»La ciudad quedó en tal consternacion, que los mas no pensaban sino en huir, y como estaban cerradas las puertas, se tiraron por la muralla por la banda del rio por un sitio que estaba algo cómodo, y embarcados ó nadando se huían á la otra banda. Una de las columnas que iba por la muralla, cuando llegó á este sitio, halló mucha gente pasando el rio, y esperando embarcacion en la rivera, descargó sobre ellos é hizo una gran carnicería. El general Draper siguió por la calle Real hasta la plaza de Palacio con bastante riesgo, porque en la Fuerza de Santiago habia un cañon enfilado á esta calle, y cargado de metralla podia barrerle mucha gente, pero el Arzobispo, que se habia retirado á esta fuerza con los oidores, no permitió que se disparase, temeroso de que los ingleses se vengasen despues en los habitantes de Manila. El coronel Monson despachado por Draper se presentó ante la Fuerza, intimando de parte de su general el rendimiento, respondió su Ilustrisima presentándole un papel, en que tenia escritas las capitulaciones, que deseaba se le concediesen, y suplicándole que las llevase á su general para su aprobacion. Escusóse el coronel con que no tenia órden, y amenazó que empezaría las hostilidades sino se rendian pronto. Viendo el Arzobispo que no le quedaba otro recurso, bajo la palabra de honor, de que no se haría violencia alguna, se resolvió á salir de la Fuerza, y acompañado del maestro de campo se presentó á los generales ingleses que estaban en Palacio. Se quiso poner de rodillas, é impidiéndolo el inglés, le dijo que se daba por vencido, y le puso en la mano el papel en que tenia escritas las capitulaciones, que se reducian á pedir el culto libre de la religion, la propiedad de los vecinos de Manila de sus antiguas posesiones, el uso libre del comercio para todos los habitantes de las islas, y la continuacion de la Real Audiencia para contener á los malévolos.

»Retiráronse los generales ingleses á conferenciar sobre estos puntos, y en breve respondieron, concediéndolos todos con la restriccion de los mas de ellos, en que se añadía la sugesion á su Magestad Británica, y firmaron los generales ingleses y su Ilustrisima. El maestro de campo los llevó á la Fuerza para que los firmasen los señores oidores, como lo hicieron, y luego entregaron la Fuerza á los ingleses, y fueron á Palacio á dar la obediencia al general británico. Cuando los navíos vieron enarbolada la bandera inglesa en el castillo, hicieron un confuso estruendo de repetidas salvas, que tuvieron el azar del naufragio de un sobrino de Cornick, que venía para Manila, y zozobró en la barra. Esta expedicion costó á los ingleses mas de mil hombres si se cree al diario del Arzobispo, que dice: «No se ha podido averiguar justamente el número de muertos de parte del enemigo, solamente se ha sabido por algunas circunstancias, que en la revista que se hizo dos dias despues de la toma de la plaza, faltaban á los enemigos mas de mil hombres, de cuyo número diez y seis eran oficiales, entre estos se contaba el

»sargento mayor del regimiento de Draper, que murió de un flechazo el dia del asalto, y el comandante del regimiento de Chamal, que murió de una bala de fusil, estando observando desde la torre de Santiago con un antejo, el Vice-Almirante se ahogó viniendo á tierra en una canoa.» De los nuestros murieron solo en este dia el sargento mayor del regimiento, dos capitanes, dos subalternos, cincuenta soldados de tropa reglada y treinta milicianos.

»Antes de entregar la Ciudad al saqueo ordenó el general inglés que salieran todos los indios; se vió una gran chusma de gente de los indios, que habian venido á la defensa de la plaza, y de los criados que no tenian quien les diese de comer, los cuales esparcidos por los barrios de Binondo, Santa Cruz y otros hicieron estragos. Tambien puso guardias á peticion del Arzobispo en las monjas de Santa Clara y en los colegios de mugeres para que no las ultrajasen los soldados, hechas estas prévias disposiciones entregó al saqueo la Ciudad, y los soldados esparcidos por las casas robaron cuanto podian, é hicieron las atrocidades que tiene de costumbre una tropa victoriosa, aunque verdaderamente no hay que quejarse mucho de los soldados ingleses, pues fueron bastante comedidos, respecto á lo que suele suceder en semejantes casos. Los indios fueron mucho peores que ellos, porque les declaraban en donde se hallaban las riquezas de sus amos para que les diesen á ellos alguna parte. La chusma que salió de Manila, los que vivian en los arrabales, y los presos de las cárceles, que los ingleses tuvieron la imprudencia de soltar, se esparcieron por todas las casas de Santa Cruz y Binondo, y como si ellos fuesen los vencedores, las saqueaban, mataban á cuantos los resistian, estupraban mugeres, y hacian otras muchas violencias, pero donde ejercitaron mas su crueldad, fué en los caminos en una infinidad de gentes, que huían sin saber por qué, y caían en manos de aquellos foragidos, que los mataban para robarlos.

»El saqueo se habia concedido por solas tres horas, pero al dia siguiente seguia como á los principios, lo que representó el Arzobispo á los ingleses para que se apiadasen de aquella miserable Ciudad. El general dió órden de que se le quitase la vida al que se encontrase robando, se ahorcaron algunos chinos por esto, y el mismo Draper con sus propias manos mató á uno, que cogió robando, y mandó, que se devolviesen á las iglesias cuanto se les habia quitado, pero solo se encontraron algunas casullas, que los cipayes habian cogido, y vestidos con ellas se presentaban en la muralla. El dia 6 de Octubre presentaron los ingleses al Arzobispo y oidores las capitulaciones que pedian de su parte. Querian, entre otras cosas, que se les entregase la plaza de Cavite. Convinieron en ellas los españoles, pero su castellano no estaba de este parecer, y pretendia defenderla. Envió el Arzobispo el sargento mayor de aquella plaza, que habia sido hecho prisionero en Manila, con comision para hacer la entrega, porque los ingleses habian cerrado las puertas de Manila, y puesto la tropa sobre las armas, amenazando que matarian á todos los españoles sino se les entregaba Cavite, y se les cumplian las otras capitulaciones que habia firmado el Arzobispo. Fué el sargento mayor á Cavite, publicando que la plaza se iba á entregar á los ingleses, presentó sus despachos al castellano, y este convocó á consejo de guerra, pero como le avisaron que las tropas habian desamparado sus puestos, y los indios estaban robando el arsenal, se huyó en una embarcacion y dejó al sargento mayor para que hiciese la entrega.

»Pedian tambien los gefes británicos en sus capitulaciones que se les entregasen cuatro millones de pesos. Esta proposicion hecha á una Ciudad que acababa de padecer un saqueo de mas de veinte y cuatro horas,



C. W. Andrews, del. B. Girardier, lit.

Lit. de Ramirez y Geronimo et F. J. J. J.

CUADRO DE COSTUMBRES.



era tiránica, pero como los nuestros se veían con el cuchillo à la garganta, hubieron de prometer que ajustarían de contado dos millones, y que los otros dos se librarían en Madrid contra el Tesoro de su Magestad. Se empezó à juntar plata, echando su contribucion à los vecinos, de la que resultó, agregándole toda la plata de las obras pías, las alhajas de las iglesias y la plata labrada del Arzobispo, incluso sus anillos y pectorales, la cantidad de quinientos cuarenta y seis mil pesos. El inglés se contentaba ya con un millon de contado, y que lo demas se cargase sobre el *Filipino*, caso que no lo hubiesen tomado los ingleses, cuando se firmaron las capitulaciones, pero ni aun un millon se podia completar. El dia antes de la toma de Manila habia salido un oficial Real con ciento y once mil pesos, para que los salvase en la provincia de la Laguna, apurado el Arzobispo para completar su millon envió à los Marqueses de Villamediana y Monte Castro para que trajesen à Manila este caudal, pero sabido por los Padres Franciscanos que administraban aquellos pueblos, armaron à los indios, y por fuerza obligaron al oficial Real à que llevase la plata à la provincia de la Pampanga, dándole los indios cargadores que le llevasen por los montes para librarla de los ingleses, como sucedió salvándola en las misiones de Ituy, que están entre la Pampanga, Cagayan y Pangasinan; se entregó à los ingleses lo que se pudo, y no hubo otros debates en lo sucesivo sobre este asunto.

»El punto mas principal de las capitulaciones de los ingleses era, que se les entregasen todas las islas, lo acordaron de miedo los nuestros, pero no era fácil el cumplirlo por que las defendia el Sr. Anda, como despues veremos, y no estaba en ànimo de entregarse sino à mucha costa de sangre de las dos naciones. Bien conocia todo esto el general Draper, y asi empezó à valerse de estratagemas. Publicó un bando, en que se compadecia de los indios por el tributo que les cobraban los españoles, que decia no les cobraria el Rey de la Gran Bretaña, y procuraba escitarlos à la rebelion. Persuadió al Arzobispo que él podia mandar en lo político, y que era verdadero gobernador, y como tal despachase un salvo conducto para que volviesen à Manila las familias españolas que andaban dispersas y fugitivas por las provincias, à que nombrase Corregidor de Tondo à un inglés, que hacia tiempo estaba casado y establecido en Manila, y à que llamase à Bustos para darle una comision para perseguir à los ladrones; pero no quiso este honrado español hacerse cargo de ella, y como no era prisionero de guerra se volvió à Bulacan.

»Trató tambien Draper los lugares sagrados con mucho respeto, concedió à los religiosos que volviesen à sus conventos para atraerse hacia si este cuerpo que desde el hecho de los Franciscanos creía muy poderoso en lo interior del pais. Sobre todo deseaba traer à su partido al Padre Ex-Provincial Fr. Remigio Hernandez, que mandaba la provincia de Agustinos por muerte del Provincial propietario, le escribió varias cartas para que bajase à Manila, pero no lo pudo conseguir, manteniéndose aquel religioso firme en su primera respuesta, en que le decía: que si tenia algo que comunicarle, lo hiciese por escrito. Viendo que nada adelantaba por esta via, mandó al Arzobispo que juntase un congreso de lo principal de la Ciudad, y les propusiese que hiciesen cesion de todas las islas à S. M. Britànica, se opuso fuertemente el Sr. Viana Fiscal del Rey à esta demanda, pero al dia siguiente amenazados de las espadas de los ingleses, tuvieron los españoles la debilidad de firmar esta cesion. Con mas honor se portó M. Faller, à quien se trataba de traidor, pues no quiso de ninguna de las maneras hacerse cargo del gobierno de Zamboanga, adonde queria enviarlo el gefe inglés con su-

ficientes tropas, para apoderarse de él, caso que no le quisiesen recibir, y lo mismo respondió con honor un pobre español llamado Don Luis Sandoval.

»No saliéndole bien sus arbitrios resolvió encomendar el gobierno y volverse à Europa; dejó de comandante de las tropas al mayor Felt, y de gobernador à Drak, à quien puso por consejeros à Smith y Brothe; en Cavite quedó por castellano M. Breton. Estando para embarcarse, dió orden de que saliesen dos fragatas en busca de la plata del *Filipino*, y mandaba que se embarcasen en ellas dos señores oidores, para que por su carácter consiguiesen de los que le custodiaban el que la entregasen, y no queriendo hacerse cargo de esta comision el Sr. Fiscal y el Sr. Villacorta, se les puso presos. Despues à ruegos del Arzobispo se les dió libertad, y se nombraron en su lugar dos compromisarios del comercio, y dos regidores de la Ciudad; salieron las dos fragatas y tardaron mucho en llegar à la isla de Capul, donde habia de Ministro un jesuita inglés. Este les ponderó mucho las corrientes y los vientos contrarios para retraerlos de su espedicion, pero viéndolos empeñados en seguir su viage y en que se les diese un práctico, amenazando, que sino se lo daban, se llevaria todos los indios que quisiesen, les dió un mestizo de quien tenia satisfaccion encargándole que les detuviese en el embocadero cuanto pudiese: cumplió el mestizo tambien con el encargo del Padre jesuita, que hubo lugar para salvar la plata en las provincias de Albay y Camarines, pasando por frente de las fragatas enemigas que avistaron las galeras que la llevaban, à las que no dieron caza, por que las ocultó una turbonada, y no tenian mas que recelo de que la plata iba en ellas. Viendo el comandante inglés que el práctico no los sacaba del estrecho, y recelando que la plata estaba en salvo, se volvió para Manila donde fué recibido mal de sus gefes.

R. DE PUGA.

(Se continuará.)

Poesía.

MIS SOLEDADES

(EN LOS BOSQUES DE LUZON.)

ODA.

¡Soledad! ¡Soledad! Yo te bendigo
Y en tus brazos me duermo,
Para ver si consigo
Algun alivio al corazon enfermo,
De pesares herido
Y de tormentas fieras combatido.
En la revuelta y seductora Europa,
Apuré hasta las heces
Del amargo dolor la ingrata copa,
Y las ardientes preces
Que al cielo dirigia,
Pensé en mi ceguedad no las oía.
¡Dios me escuchó! La nave salvadora
Hizo crugir la espalda de los mares,
Y tierra que enamora
Me ha devuelto la paz y los cantares,
Suavizando las penas
De que se encuentran mis memorias llenas.
Vagando solo del otéro umbrio
Por la espesa maleza
Salpicada con perlas del rocío,
Adoro mi tristeza,
Que à las selvas me sigue
Y en todos los momentos me persigue.
No me turba del mundo
Ni el agitado afan ni los enojos,
Y mi dolor profundo

Puedo dejar que salga por los ojos,
Sin que el vulgo insolente
Se mofè de mi làgrima candente:
Que tiene el padecer su poesia
Y es del dolor solo el dolor consuelo.

¡Bendito siempre el dia
En que pisé este suelo,
Y hallé por horizontes
Calladas selvas, solitarios montes!

¡Y se perdona! Mucho he perdonado
Cuando las verdes cumbres
Enrojece del sol rayo violado
Con sus nacientes lumbres,
Y cuando en el ocaso
Entre vapores de oro le abre paso.

¡Soledad! ¡Soledad! Solo te pido
Y por piedad imploro,
Que no borren las sombras del olvido
Una imàgen que adoro,
Pues con ella deliro
Aunque ofuscado en làgrimas la miro.

¡Soledad! ¡Soledad! Es la postrera
Despues de ella, la nada;
Y antes morir quisiera
Que ver esta memoria arrebatada,
Pues me da aliento y vida
Y à un ¡mas allá! risueño me convida.

SERAFIN OLABE.

Isla de Luzon 1858.

El Bagueio.

Seguido de satànica legion
El *bagueio* se presenta
De repente en las islas de Luzon,
Y con grandes silvidos,
Con récias carcajadas y gemidos
Ya se enfada, ó se burla ó se lamenta.

Sus fuertes é invisibles escuadrones
Sin direccion, sin freno,
Cabalgan en feroces aquilones
Y van rodando, como rueda un trueno
Del espacio en las cóncavas regiones.

Se estienden ó se juntan,
O bien giran formando remolino:
Ya se oprimen, se aflojan, se desjuntan,
Se vuelven à juntar, menguan y crecen
Y se mueven, se agitan y estremecen
En el seno de horrible torbellino.

Tal es el *bagueio*, cuyo solo aliento
Hace volar faroles y ventanas,
Y que oscilen las casas en su asiento,
Y suenen à su impulso las campanas.

Con arrogancia fiera
Troncha, derriba, hiende y descompone
Cuanto se opone à su veloz carrera,
Cuanto à su empuge colosal se opone.

Nada en lo humano su fragor domeña:
No hay fuerza que la suya tenga à raya;
Al buque de mas porte si se empeña,
O lo lanza fugaz sobre la playa,
O lo estrella feróz contra una peña.

Hace salir las aguas de su centro;
Peces, fieras y pájaros acosa:
No respeta en su encuentro
Ni al árbol fuerte ni à la tierna rosa,
Y con aleve mano

Tan falaz y traidor como inhumano,
De un pueblo que se oculta
Tras las hojas de inmensos platanares
Destroza las viviendas à millares
Y entre el polvo y el fango las sepulta.

En esa triste y lamentable série
De desgracias que el bagueio va causando,
Quedan à la intemperie
Los indios y las indias contemplando
Con envidiable calma,
El sitio en que su hogar,—prenda del alma,
Pocos momentos antes ecsistía;
Que es cosa grande y por demàs segura
Que tanta desventura
La vé con sangre fria
Esa feliz y original criatura;
Ese ser que en su vida sosegada
No padece por nadie ni por nada.

F. DE LERENA.

Amor à vista de pájaro.

(Continuacion del capítulo XVI.)

El que ha rodado cuando niño sobre el húmedo y florido césped, natural alfombra de los jardines y los prados, se entristece cuando recorre las inmediaciones de Madrid, al pisar entre árboles, hijos de una vejetacion ficticia, arena tan deleznable y árida como la de los desiertos de la Arabia; y cuando vuelve à pisar el césped, alza la frente con orgullo, como el árabe corcel que mira las profundidades del desierto, inmenso campo à su carrera. Meneses habia rodado cuando niño sobre un césped tan matizado y esponjoso como una rica alfombra persa; Meneses habia pisado con fatiga la deleznable arena de los mas bellos paseos de la corte; Meneses volvía à pisar florido césped en el jardin de la condesa, y era inmensa su felicidad.

—¿Qué tiene V., amigo mio? le preguntó la noble dama, notando su estraña emocion.

—Tengo, señora, que veo à mi alrededor árboles cuyas hojas están brillantes como las esmeraldas; arroyos y fuentes que apagan, con su sola vista, la sed; y sobre todo, que siento crujir bajo mis plantas un césped mas verde que las hojas de los naranjos, y tan salpicado de flores, como el firmamento de estrellas en una noche de verano.

—Le sucede à V. lo que à mí. El campo me da nueva vida. ¿Pero me parece que me llaman?

—Efectivamente. Oigo à lo lejos repetir la palabra condesa.

—Pues apresuremos el paso, para que pronto nos encuentren.

CAPITULO XVII.

La bella vascongada.

La condesa y Luis caminaban con la mayor celeridad sobre el verde césped que tanto gustaba à Meneses, y segun iban adelantando, se oía la voz mucho mas cerca. La condesa debia conocerla, pero por cálculo ó descuido, no manifestaba à su compañero su convencimiento ó conjeturas. De improviso cesó la voz que ya habian oido bastante cerca, precisamente cuando Luis y su nueva amiga entraban en una calle de castaños, tan gigantescos y acopados, que en balde procuraba el sol turbar la misteriosa oscuridad de aquella bóveda de ramas. Terminaba esta sombría calle en una especie de rotonda, formada por ocho castaños mas acopados y gigantescos que los de sus cuatro avenidas, en cuyo centro se elevaba una taza de mármol blanco, cuyo abundante surtidor se rompía en una bóveda de hojas, à quince ó veinte piés de altura, cayendo en menuda lluvia de perlas ó en copos de apretada nieve. Junto à esta taza y arrodillada sobre el césped, estaba una muger alta, delgada, jóven y hermosa, vestida con un ligero traje blanco y celeste, que despues de haber bañado su fresco rostro en los cristales de la fuente, se lo enjugaba con un pañuelo de batista.

—¿Distingue V., amigo mio, una muger arrodillada en medio de aquella rotonda? preguntó la condesa à Luis.

—Sí señora. Está arrodillada junto à una gran taza de mármol, repuso Luis acelerando el paso.

—Pues esa muger arrodillada y de espaldas hácia nosotros, es Magdalena.

—Luis cayó de rodillas. Acababan de llegar à la entrada de la rotonda.

—¡Magdalena! gritó la condesa, queriendo aprovechar la turbacion de Meneses.

Magdalena se levantó, vió à Luis, dió un grito, y se cubrió el rostro con las manos. Meneses vió tambien el rostro de Magdalena, ahogó un suspiro y se levantó avergonzado.

—Perdónenme VV., amigos míos, dijo la condesa colocándose entre los dos jóvenes, la sorpresa que les he causado. Sepa V., querida Magdalena, que mi amigo Meneses y yo hemos pasado toda la mañana hablando de V.; yo deseando tener el gusto de abrazarla por tercera vez, y mi amigo el de conocerla. La casualidad ha hecho que la hayamos encontrado hecha la ninfa de

esta fuente, y Meneses, que tributa culto á la hermosura, cayó de rodillas en el dintel del templo, adorando su divinidad.

—Señora!... murmuró Magdalena, poniéndose mas encarnada que las amapolas silvestres.

—Señora!... murmuró Meneses no menos turbado que la jóven.

—¿Es verdad, amigo Meneses, que mi querida Magdalena es sumamente hermosa? preguntó la condesa.

—Es verdad, repuso Luis á media voz y profundamente conmovido.

Magdalena bajó los ojos con la timidez de una niña.

Efectivamente Magdalena era una criatura hermosísima: ninguna madre podia desear mas belleza para su hija; ningun pintor mas belleza para sus vírgenes. Rafael de Urbino no encontró en la tierra un modelo tan casto y puro para sus Madonas, Murillo tuvo que subir á los cielos para hallar el de sus divinas concepciones. Luis miraba á la hermosa jóven con asombro; y sin embargo fruncia los lábios y arqueaba las cejas con franca espresion de disgusto. ¿No le parecia bastante bella? Sí, le parecia encantadora; pero fruncia los lábios y arqueaba las cejas, porque la Magdalena de la fuente no era la Magdalena de la iglesia de San Lorenzo; porque la amiga de la condesa no era la sombra que perseguía Luis afanoso: en una palabra, porque un nombre lo habia engañado segunda vez.

La condesa, que se habia propuesto no perder ni una sola de las impresiones que en su concepto no podian menos de experimentar dos personas puestas en contacto de un modo medianamente romancesco, llevaba sus miradas de Magdalena á Luis; y al fijarlas en este último, leía en su rostro un combate tan singular que no sabía como explicárselo. Comprendió al fin que Magdalena por timidez, Luis por preocupacion, y ella por querer observar demasiado, estaban guardando un silencio que se iba haciendo embarazoso, y dirigiéndose á su nueva amiga, dijo:

—Este caballero sabe ya que tuve el gusto de conocer á V. ayer; pero que la profeso una verdadera amistad.

—Mil gracias, señora condesa, repuso Magdalena poniéndose mas encarnada.

—Este caballero es un amigo mio de Madrid, se llama D. Luis de Meneses; añadió la amable condesa.

—Y considero un alto honor el de ponerme á los piés de V., señorita, tartamudeó Luis sacudiendo su entorpecimiento.

—Yo me creo la favorecida, dijo Magdalena á media voz.

—Basta, amigos míos, de cumplimientos, dijo la condesa; y tomando el brazo de su amiga, añadió:

—Lo que ahora debemos hacer es pasear un poco por el jardín, y V., Meneses, no merecerá el nombre de jóven galante sino se apresura á formar dos lindísimos ramos de flores.

—No quiera Dios que yo merezca tan dura calificacion; y si puede alejarla un buen deseo y una actividad prodigiosa, no la mereceré jamás, repuso Meneses jovialmente, conociendo que su taciturnidad lo pondría muy pronto en ridículo á los ojos de la condesa; y sin esperar nuevas órdenes se lanzó á los cuadros del jardín.

Luis habia comprado en su vida muchísimos ramos de flores para arrojarlos á los piés de las bailarinas y cantantes, ó ponerlos entre las manos de mas encopetadas damas; pero nunca habia tenido que poner en prensa su númen para confeccionarlos; y por lo tanto se encontraba en una posicion medianamente embarazosa. Sin embargo, se consagró con sumo afán á su tarea, y pronto se vió rodeado de flores que habian crecido juntas, y que juntas debian morir cortadas de sus verdes tallos. La condesa y Magdalena en tanto seguían su agradable paseo, y la primera, que parecia obligada á entablar las conversaciones, dijo á la segunda:

—Magdalena ¿qué tal ha parecido á V. mi amigo?

—Condesa, repuso la jóven ruborizándose como siempre, me ha parecido un caballero bastante fino.

—¿Nada mas que fino, querida? volvió á preguntar la condesa dando á su pregunta cierta entonacion maliciosa.

—He notado en él unos modales muy distinguidos, propios sin duda de su educacion cortesana.

—Pues me parece, amiga mia, que V. ha sorprendido á Meneses...

—No es estraño que mi aire de provincia sorprenda á un caballero de la corte, repuso Magdalena.

—No es su aire provinciano, querida, lo que ha sorprendido á Meneses, sino su hermosura.

—Condesa, V. sabe que no poseo esa hermosura que sorprende.

—Cuando se volvió V. á mi voz ¿no encontró á Meneses de rodillas?

—Sí señora; pero en vano procuré explicarme aquella estraña posicion.

—Meneses cayó de rodillas al contemplar á V., Magdalena.

—Ahora me lo explicó: ¿era una broma que tenian VV. combinada?

—No existía combinacion alguna. ¿No ha notado V. despues en Luis cierta turbacion?

—He notado, querida condesa, mucha distraccion y aturdimiento.

—Pues esa aparente distraccion, esa especie de aturdimiento...

—Señoras: concluí mi tarea; interrumpió Luis presentándose con un ramo en cada mano, no enteramente malos para ser su primera obra.

—Muchas gracias, murmuró Magdalena ruborizándose otra vez.

—Muchas gracias, amigo Meneses; veo que hace V. muy bonitos ramos, dijo la condesa riendo.

Luis conoció que aquel elogio podia ser muy bien una burla; pero como no tenia pretensiones de florista, y creía impertinentes las excusas, respondió con desembarazo:

—Celebro mucho que mis ramos merezcan la aprobacion de V.; porque asi podré aspirar, sin merecer la nota de temerario, á la plaza de su jardinero mayor.

—Está ocupada, amigo mio; repuso la condesa en el mismo tono de broma; pero queriendo premiar inmediatamente su mérito, le nombro desde hoy jardinero mayor honorario, con derecho á la primera vacante. ¿Admite V. el nombramiento?

—Lo admito, condesa, y me creo largamente recompensado.

—¿Creen VV. que debemos volver á mi saloncito de descanso?

—Como V. quiera: dijo Magdalena, jugando con su ramo de flores.

—Opino con V., condesa. He visto en el saloncito un piano, y como soy muy aficionado á la música... dijo Meneses, que al parecer habia recobrado su buen humor.

—¿Querrá V. que cante Magdalena? dijo la condesa adelantándose hácia el saloncito.

—Tendría en ello muy particular satisfaccion.

—Y con muy fundado motivo, porque Magdalena es una verdadera profesora.

—Es un favor que no merezco, y que me dispensa la tierna amistad de la condesa, dijo Magdalena.

—Ahora lo veremos, añadió Luis, entrando el primero en el salon, y abriendo el piano.

La condesa unió sus instancias á las de Luis, Magdalena se excusó sin gazmoñería; cedió como era natural; y poniéndose al piano, cantó con una hermosa voz de contralto la siguiente romanza:

Dos ángeles bellos
Rasgaron las nubes,
Lanzando destellos,
Hermosos querubens,
Y en tronos de flores
Sentarse los ví.

De aromas su aliento
Las áuras henchia;
Sus bucles el viento
Galano mecia,
Y tiernos amores
Volaban allí.

A los dos sensible
Adoré sin dolo;
Pues me era imposible
Amar á uno solo
Despues que los ví.

—Es una preciosa romanza, dijo la condesa acercándose cariñosamente á Magdalena.

—Yo tengo por ella una especial predileccion; dijo Magdalena separándose del piano.

—Y yo no recuerdo haberla oido nunca, observó Luis.

—Es mas que posible, repuso Magdalena, que parecia muy animada despues de concluido su canto.

—¿Tan rara es esa música que yo no debo haberla oido nunca? preguntó Meneses.

—Ya habrá V. notado que la palabra es castellana, y ha podido V. inferir que la música será obra de un compositor español, observó Magdalena sonriendo.

—Y segun V., hermosa Magdalena, ¿yo no debo conocer mas música que la que compongan los profesores italianos? Tiene V. pobrísima idea de mi espanolismo.

—No lo he dicho por ello; pero generalmente solo se conocen las piezas de música correspondientes á óperas muy acreditadas, y esta romanza es una distraccion de ocios.

—¿Hecha por V., Magdalena? preguntó Luis con cierto interés completamente artístico.

—No señor.

—¿Pero dedicada á V. al menos?

—A mí y á una primita mia.

—¿Quiere V. recitarme la letra?

—Con mucho gusto.

—La sopa, anunció un criado.

—Vamos, amigos míos, á la mesa, dijo la condesa levantándose.

—¿Dice la romanza?... insistió Luis.

—Despues de comer tendré el gusto de recitársela, repuso Magdalena.

Meneses presentó su brazo á la condesa y aplazó su curiosidad para despues de la comida.

(Se continuará.)

Parte literaria.

A FILIPINAS POR EL CABO.

EMBARQUE.

Ya no nos encontramos en los tiempos del galeon de Acapulco, y un viaje de España á Filipinas está muy lejos de ser ni lo que era hace algunos años.

¡Me voy à las Indias! ¡Qué frase tan retumbante, en los oídos de nuestros abuelos, y aun de nuestros padres!

La ardiente imaginación de los meridionales formaba con ella sola una completísima novela, salpicada de tempestades, naufragios, serpientes boas, palacios de ambar con chapiteles de plata, abundantes minas de onzas de oro acuñadas y contrastadas en las entrañas de la tierra; suponiendo como natural desenlace, una aventura parecida à la de Jonàs en caso de desgracia, ó el feliz retorno à Asturias del opulento *indiano*, oscureciendo con su boato al mas estirado Creso del concejo.

Si levantase la cabeza mi venerable abuelo, tal como un retrato de cuerpo entero le representa, con su casaca cuajada de bordados y lentejuelas, apoyando sobre la mesa su diestra junto à la inevitable carta à él dirigida, y que al mismo tiempo que dà à conocer su nombre y calidad, atestigua la modesta desconfianza del pintor; si mover pudiera sus magestuosos ojos, fijàndolos en el mapa-mundi, *que sirve de adorno* à la maciza papelería, y le dijese que su nieto estaba en *¡Cochinchina!*, estoy seguro de que à semejante golpe se dejaría caer sin aliento en el ancho sillón de vertical respaldo, forrado de terciopelo carmesí, y agitaría convulso la campanilla de la escribanía, pidiendo para serenarse un vaso de agua de franada ó *aloja*, que le gustaba en extremo. Después de esta primera y necesaria operación, se encasquetaría el asorbetado sombrero de tres picos, cogería el bastón, y saldría en busca del prior de la Merced ó de la Vitoria, con quienes se holgaba mucho de platicar, les encargaría una novena y algunas docenas de misas, y se dirigiría à la galería de San Felipe Neri para adquirir noticias de la guerra, con año y medio de retraso.

Ahora, feliz ó desgraciadamente, las cosas han variado.

Las playas de la Península están viendo llegar todos los días muchos indios con las manos en los bolsillos y no pocos, lo que es peor, con ellas en la cabeza.

No es raro encontrar, entre los amigos que se reúnen en el Suizo à tomar café al rededor de la misma mesa, alguno que haya doblado media docena de veces el Cabo de Buena Esperanza, sin que tanta ración de leguas marinas le haya impreso el menor aire de capitalista, ni de hombre notable en ningun concepto; salvo la costumbre de llamar *pesos* à los escasos napoleones, que procura hacer sonar, siempre que se presenta ocasión, en sus desalquilados bolsillos.

No ha lugar por lo tanto à los ensueños fabulosos de Oriente, al hacer la maleta para Cádiz, ni al arrellanarse en un wagon de primera clase del ferro-carril de Templeque, con rumbo à las lejanas posesiones de Asia.

Los peligros del viaje todavía parecen algo tierra adentro, porque gracias à la dificultad de comunicaciones cómodas y baratas, que ha habido hasta el día, existen en el interior de España muchísimas personas de regular posición, que no han visto mas agua reunida que cuando llueve ó cuanto mas en el estanque del Retiro, ó en el mar del Real sitio de San Ildefonso.

Para tales gentes, eso de no verse la tierra les intimida, y cuatro ó seis meses de situación tan comprometida, suponen en sus cálculos, veinticuatro tempestades, una por semana; lo cual es muy bastante para dar escalofríos à los que no saben nadar.

En los puertos se desvanece, ó disminuye à lo menos, la idea de tan formidables percances: allí se sabe que un naufragio en la segurísima carrera de Manila es un acontecimiento poco comun, se echa la cuenta, segun la monzon, de la duración y dirección de cada uno de los vientos que han de empujar la nave, y se deduce por último, que un buen capitán conoce los desiertos del Océano que va à atravesar, como nosotros los rincones de nuestro cuarto.

¡A Dios la poesía! ¡A Dios las ilusiones de los que suspiran por lo maravilloso y extraordinario!

El pensamiento, sin embargo, de que va à cambiarse de país, de género de vida y algunas veces de posición social, contribuye casi tanto como la distancia que se traspone, à cierta indiferencia por cuanto nos rodea, unida à un secreto afán de apurar antes del embarque todos aquellos goces, de que se presiente la privación futura.

Ingeniosa ha sido la idea de establecer el puerto de Cádiz, como punto de reunión, casi general, de los que se dirigen à Filipinas, Cuba, Puerto-Rico é Islas de Fernando Póo, porque esta

Blanca doncella, acostada

Sobre la espuma del mar,

no se sabe que haya negado à ningun emigrante el beso de despedida.

Llega el día fijado, y ya están sobre la cubierta del buque dos mamás de mediana edad, tres niñas casaderas, otro pimpollo que hace pinitos, una nube de militares y empleados, algun futuro comerciante y presente mozo de tienda, dos criadas, una nodriza y una plaga de chiquillos que empiezan à incomodar desde el primer momento.

Completa el cuadro la llegada de dos falúas, henchidas de soldados de artillería y cabos de infantería destinados à los regimientos de las Islas, que se separan alegremente de su patria rasgueando la característica bandurria.

Todo es movimiento y animación.

El capitán y los pilotos están deseando levar para que se marchen las personas que han acudido à decir *¡adios!* à los pasajeros, y para que estos mismos se maréen, y tengan que buscar por fuerza sus respectivos camarotes, desembarazando el puente.

La maniobra empieza; la situación no puede prolongarse; los llantos, los semi-desmayos, los ataques de nervios y los apretones de mano, acompañados de lánguidas miradas, de los verdaderamente afectados, sirven para diversion y burla de los indiferentes, y algunos minutos después una fresca brisa.....

Pero las peripecias siguientes corresponden al viaje, y encontrarán su lugar en otro artículo si hay tiempo y humor para escribirle.

S. OLABE.

Parte científica.

RESEÑA GEOGRÁFICA, CIENTÍFICA, ESTADÍSTICA, AGRÍCOLA, INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE LAS PROVINCIAS DEL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO.

PUEBLOS DE LA PROVINCIA DE MANILA.

La ciudad de Manila, capital de la provincia y del archipiélago filipino, es residencia del Excmo. Sr. Gobernador Capitán general de las islas, del Excmo. é Illmo. Sr. Arzobispo, y punto en que se hallan todas las principales dependencias y oficinas del Estado.

Se halla situada en los 124° 37' y 56" de longitud al Este del meridiano de Madrid; y en los 14° y 36' de latitud Norte, en un estenso llano, orilla de la gran bahía de su nombre, la que por su grande extensión, que ya se ha indicado, es capaz de contener con toda comodidad y holgura, numerosas escuadras.

Lamiendo los muros de la ciudad, por la parte del Norte, baja el caudaloso río Pasig; navegable en toda su extensión, desde la Laguna de Bay, dejando à la Capital en el ángulo que forma en su desembocadura con la bahía, y separándola de los pueblos de Binondo, Tondo, Santa Cruz y San Miguel, los mas próximos que tiene en esta dirección.

Goza de la temperatura mas benigna de las islas; siendo templado en ella el ardor propio de este clima, por las brisas que diariamente se levantan à la caída del sol; ya de la mar, ya embalsamadas por la fresca y frondosa vegetación de los vecinos montes; sin embargo en la época de los vientos Nortes, conviene preservarse de ellos con abrigos.

Debe su nombre segun se cree, à una planta que crece con abundancia en sus alrededores, que en el idioma del país se llama Nilad (*Ixora Manila*) à cuyo nombre se ha añadido *Ma* sincope de *Mairoon*, que quiere decir hay; formando la expresión en dicho idioma, que significa hay *Nilad*.

La población dentro de Manila, segun los últimos datos estadísticos mas aproximados y completos que se han formado puede calcularse en unas 44,745 almas, de las cuales, aunque no con

rigorosa exactitud, se puede decir que unas 2355 son españoles europeos y filipinos, contando también en ellos el batallón de artillería europeo, alojado en la fuerza de Santiago; como unos 9028 indios y mestizos, incluso los cuerpos de la guarnición que se hallan dentro de la plaza, y los confinados del presidio galera; y unos 332 chinos. Las dos últimas cifras son de población muy flotante, y sujeta á continuas variaciones. En todas ellas van incluidas las personas religiosas de los conventos, monasterios, beaterios y colegios; las de todas las clases de la sociedad, y de todas edades.

La circunferencia de la ciudad es de 3540 metros; su largo mayor, de Sudoeste, cuarto al Sur; al Nordeste, cuarto al Norte, 4080 metros; y su mayor anchura del Noroeste al Sudoeste 626; estando fortificada en toda su circunferencia, y tiene al extremo Sudoeste, la ciudadela ó fuerza de Santiago.

La fortificación de la plaza es regular, y se halla en el mejor estado. La invasión del pirata chino Limahon, manifestó la necesidad de una fortaleza para precaver insultos, y con este motivo en el año 1584 se levantó la fuerza ó baluarte de Nuestra Señora de la Guía, en la parte meridional de la ciudad é inmediata al mar; que fué demolido en el año 1590 para cercar de muros la ciudad. Esta obra fué dirigida con los mejores conocimientos por D. Diego Jordan ingeniero militar, al mismo tiempo que se substituyó la nueva fortaleza de Santiago, á la antigua que existía de madera.

El río Pasig baña los muros de la ciudad por la parte del Norte; y del mismo río se comunica el agua al foso y contrafoso, que cubren y defienden, todos los frentes de tierra.

En el recinto hay seis puertas; tres salen al lado del río por el Norte; y son las de Almacenes, Santo Domingo y la de la Aduana; y otras tres por la parte de tierra, que son la del Parian al Este, que comunica á los estramuros, y á la otra parte del río Pasig. La Real al Sur, al frente de tierra y campo de Bagumbayan; y la de Santa Lucía, al frente de la playa de la bahía, al Oeste Sudoeste; todas ellas bien defendidas con baluartes, y particularmente las que miran á tierra; además hay un postigo defendido también, cerca de la puerta de Santa Lucía, cercano al Palacio de la Capitanía general, y que mira también al mar.

Las salidas de todas estas puertas son por puentes, con bóvedas de sillería, construidos los años 1814 y 1816, y que corren sobre los fosos y contrafosos.

La puerta Real, enfilaba antiguamente á la plaza mayor y al Palacio; por ella hacían sus solemnes entradas los Gobernadores Capitanes generales y los Arzobispos; pero después del ataque de Manila por los ingleses en 1762, se trasladó al frente de la Compañía, donde se halla; y la entrada pública de los Capitanes generales y Obispos empezó á hacerse por la puerta del Parian.

En la parte Oeste se halla la Real Fuerza de Santiago; están al Sur la batería de San Gregorio y baluarte de San Diego. La Fuerza de Santiago tiene una puerta que sale á la plaza, y un postigo que dá al río.

Al Este de la Fuerza, está el baluarte de las tenerías, la puerta de Almacenes, batería de la Aduana, puerta de Santo Domingo, baluarte de la Aduana hasta el baluarte de San Gabriel; en la parte exterior se halla frente á este punto la nueva plaza (con la puerta de Isabel II que sale á ella y está cerrada); y que se halla adornada con arbolado, elevándose en su centro la columna monumento, en memoria del navegante descubridor Hernando de Magallanes. Sigue desde este último baluarte la puerta de Parian, baluarte del Diablo, poterna de Recoletos; baluarte de San Andrés; la puerta Real, bien defendida, y el baluarte de San Diego protegido por la batería de San Gregorio; todos estos por el frente del paseo de la Calzada, y siguiendo por el del mar, está el reducto de San Pedro, puerta de Santa Lucía, baluarte plano, el postigo, y el reducto de San Francisco.

Un punto avanzado situado al fin de la muralla, defiende bastante estension de la bahía.

La luneta de Isabel II es una excelente defensa exterior, que está en el campo de Bagumbayan.

La comunicacion de la plaza con sus estramuros del Norte, se mantiene por un puente sobre el río Pasig, de 124 metros de largo y 7 de ancho; construido en el año 1690 de pilares de piedra y piso de madera; pero en el año 1814, reforzados los estribos y cepas, se voltearon las diez bóvedas ó arcos, de diversos diámetros ó sajetas de que se compone. En el año 1824 de resultas de unos grandes temblores de tierra que hubo, se resintió un arco, y fué preciso derribarlo con su inmediato; dejando en medio un pilar, sobre el que descansa un piso de tablas que se vé en él, hoy día.

Desde el puente hasta la playa, se estiende el paseo llamado de la Calzada que gira alrededor de los fosos, con árboles en sus orillas. De este paseo, salen varias calzadas llanas y espaciosas, que facilitan las comunicaciones con los pueblos del Sur, y con Cavite.

Antiguamente ecsistió dentro de Manila una casa fundición que suprimió sus trabajos en el año 1805, pero es digna de mencionarse por haber sido de las mas antiguas de la monarquía española; la fundación fué el año 1584 en el barrio de Namayan del pueblo de Santa Ana de Sapa, y trasladada en 1590 á esta Capital; su primer fundidor fué un indio pampango, nombrado Pandapira. Cuando llegaron los españoles á esta Ciudad de Manila por los

años 1574, hallaron una especie de fundición de artillería, que se incendió por ser edificio de efectos combustibles, como eran todos los de aquellos tiempos.

La población de Manila, consta como se ha dicho de poco vecindario, pero su desarrollo ha sido muy grande en los populosos arrabales. Los edificios en su exterior no demuestran en general magnificencia, pues son solo de un piso, con miradores en él, volados y cerrados por bastidores de conchas, con otro piso bajo, ocupado por bodegas y tiendas; pero en el interior todas las casas son desahogadas, y tienen todas las comodidades que son de desear en estos climas; su arreglada colocación, especialmente la de los sagrados templos, presenta por los diferentes rumbos de la circunferencia de la ciudad una perspectiva agradable. Entre los edificios de esta ciudad, hay algunos muy notables, de que se dará cuenta detallada. Todos se hallan formando manzanas muy regulares: las calles son anchas rectas y alineadas; el pavimento es de tierra con dos altas, y anchas aceras de piedras á sus costados; y toda la ciudad se halla por la noche regularmente alumbrada.

Todas las casas tienen aljives, y su agua, es la que en general sirve para el consumo de los vecinos.

El caserío forma treinta y tres calles cuyos nombres y dimensiones de su longitud, en metros, son los siguientes:

EN DIRECCION DE N. O. AL S. E.

CALLES.	LIMITES DE N. O.	IDEM A S. E.	METROS.
De S. Juan de Letran.	Calle del Beaterio.	Calle Real.	208
De Legaspi.	Idem idem.	Idem idem.	208
De S. Juan de Dios.	Real.	De S. Francisco.	91
De la Solana.	Plaza de la Aduana.	De la Victoria.	660
De Magallanes.	De Santo Tomás.	De Recoletos.	668
De Cabildo.	Plaza de Palacio.	Del Baluarte.	802
Del Hospital.	De Almacenes.	De Palacio.	472
De Palacio.	Plaza de Palacio.	Del Baluarte.	792
De la Audiencia.	Idem de la Fuerza.	Plaza de Palacio.	83
Del Arzobispo.	Idem.	Calle Real.	529
De Basco.	Calle de S. Agustin.	Id. de la Victoria.	400
De Santa Lucía.	Idem de Anda.	Id. de la Fundición	542
Del Mercado.	Idem de la Victoria.	Id. de Recoletos.	83

EN DIRECCION DE N. E. AL S. O.

NOMBRES.	LIMITE AL N. E.	LIMITE AL S. O.	METROS.
De Almacenes.	{Calle de la Maestra- tranza.}	Plaza de la Fuerza	444
De Santa Clara.	Idem del Hospital.	Idem	83
De Clavería.	Plaza de Palacio.	{Calle de Arzo- bispo.}	82
De la Aduana.	Idem de la Aduana.	Plaza de Palacio.	446
Del Postigo.	Idem de Palacio.	{Calle de Arzo- bispo.}	77
De Santo Tomás.	Calle de la Solana.	Id. de Cabildo.	458
Del Beaterio.	{Idem de San Juan de Letran.}	Id. del Arzobispo	500
De Anda.	Idem de la Muralla.	Id. de Sta. Lucía.	654
Real.	Puerta de Parian.	Idem.	650
De S. Agustin.	Calle de Palacio.	Idem.	465
De Santa Potenciana.	Idem de la Solana.	Id. de Palacio.	245
De la Victoria.	Idem del Baluarte.	Id. de Sta. Lucía.	536
De Recoletos.	Idem del Mercado.	Id. de Cabildo.	424
De S. Francisco.	Idem del Baluarte.	Id. de la Solana.	483
De S. José.	Idem de Cabildo.	Id. de Palacio.	77
De la Galera.	Idem de Santa Lucía.	La Muralla.	64

Circunvalan la Ciudad por el lado de la muralla las calles siguientes.

La de la Fundición que empieza por la calle de Santa Lucía, y sigue toda la muralla terminando en la calle de Palacio.

La del Baluarte, corre desde la calle de Palacio, hasta la puerta del Parian, y sigue por la muralla, hasta la plaza de la Aduana.

La de la Maestranza, desde la plaza de la Aduana, hasta la Maestranza de Artillería

La de la muralla, desde la puerta del Parian, hasta la plaza de la Aduana.

Hay cuatro plazas que son los siguientes. La de Palacio cuyo largo de N. E. á S. O. es de ochenta y tres metros y su ancho de N. O. á S. O. de setenta y cinco; es un cuadrilátero hermoso, formados sus lados por tres edificios notables, que son la iglesia Catedral, el Palacio del Escmo. Sr. Gobernador Capitan general, y la Casa Ayuntamiento ó de Cabildo; formando el otro frente que mira á la Catedral unas cuantas casas particulares del mismo aspecto que todas las de Manila. En el centro de esta plaza hay una bella estatua de bronce representando á S. M. el Rey D. Carlos IV, que se colocó é inauguró en el año de 1824 por orden de S. M. el Rey D. Fernando VII, en gratitud al beneficio de la vacuna importada á estas islas, y á ruego de los habitantes de Filipinas. Está sobre un lujoso pedestal rodeado de una verja; y últimamente en el año de 1854, se ha circundado con bonitos jardines, cerrados también por otra verja de hierro. En esta plaza los días de gala y dos noches á la semana, se forma un concurrido paseo dentro del

jardin, disfrutando de la claridad de un buen alumbrado, y escuchando las músicas militares, que en tales noches y á la hora de la retreta, tocan delante del Palacio de la Capitanía general.

La plaza de la Fuerza que linda al N. O. con la Fuerza de Santiago; al N. E., con la Maestranza y sala de armas, al S. E. con casas particulares, y al S. O. con el reducto de Santo Domingo, es ancha y despejada.

La de la Aduana que linda al N. con el edificio de este nombre; al O. con el colegio de Santo Tomás; y al S. E. con la espalda de la iglesia de Santo Domingo; es irregular y tiene algun arbolado.

La de Santo Tomás que linda al N. O. con la calle de este nombre; al S. E. con el Beaterio de Santa Rosa, al N. E. con la calle de la Solana, y al S. E. con la de Magallanes; es regular pero no muy espaciosa.

Pasaremos á indicar los mas notables edificios en la ciudad comenzando por los religiosos y establecimientos de piedad.

La iglesia Catedral colocada en la parte Sur de la plaza de Palacio, es obra bastante bien acabada; tiene tres puertas, correspondientes á las tres naves principales; dos de crucero, y dos á la espalda y varias capillas. Se erigió Catedral por bula fechada en Roma, en 13 de Febrero; y en 21 de Diciembre de 1581, dió el edicto de creacion el Sr. Obispo D. Fr. Domingo de Salazar; posteriormente fué reformada por el Gobernador Perez Dasmariñas; y despues, desde los cimientos, á principios del siglo XVII. Destruida por un temblor de tierra en 30 de Noviembre de 1645, fué reconstruida tambien desde los cimientos en 1654 siendo Arzobispo el Señor D. Miguel Poblete. Las campanas de la torre fueron refundidas en tiempo del Sr. Obispo Fr. Juan Angel Rodriguez estableciendo tambien este mismo Sr., la Capilla. Se han verificado en este templo varios reparos en los años sucesivos; hasta que en 1853 de resultas de temblores de tierra se notó ruinoso parte de la cornisa exterior del cimborrio; procediéndose á la compostura y renovacion de la fachada, y trasladándose el coro durante esta obra, á la Capilla del sagrario, y en 1854 á la iglesia de Santa Isabel, regresando á la Catedral, concluida ya la obra, en el mes de Marzo de 1858. La fachada en su primer cuerpo es de orden dórico con un fronton sostenido por ocho columnas, y tiene sobre él otro cuerpo de orden jónico, con otro fronton sostenido tambien por columnas y coronado por las estátuas de los cuatro evangelistas. El interior del templo es hermoso, participa de una grave sencillez que le dá imponente y severo aspecto; su pintura imita piedra jaspe de muy suaves colores; tiene un bonito altar mayor, y una magnífica sillería de talla en el coro. La parroquia de Manila está establecida en una de sus capillas; ocupa todo el edificio una manzana que comprende las calles de Palacio, Cabildo y Beaterio, con el frente á la plaza de Palacio.

La iglesia de Santo Domingo en el convento de PP. de esta órden, (que llegaron á estas islas en 1584) tiene buena arquitectura, con tres hermosas naves, y una grande y lujosa Capilla de Nuestra Señora del Rosario, patrona de estas islas; el convento es espacioso y compone una manzana que comprende las calles del Beaterio, Solana, Plaza de la Aduana y calle de la Muralla.

La iglesia del convento de San Agustin de padres agustinos calzados, es hermosa, con sus bóvedas de sillería, bien trabajada en sus tres naves. El convento es espacioso, con un estenso mirador. Los padres agustinos fueron los primeros que vinieron á estas islas, con su primer prelado, el año 1565. Ocupa el edificio la manzana que comprenden las calles Real, de Palacio, la de San Agustin y Santa Lucía.

La iglesia de San Francisco con su convento de religiosos de la órden, que llegaron á estas islas en 1577 es espaciosa y aseada; al principio era de madera y teja, y sufrió un grande incendio y varias modificaciones, hasta que en el mes de Noviembre de 1739 se puso la primera piedra de la que en el dia ecsiste. En el pátio de ella hay otra iglesia con dos puertas, para la venerable órden tercera, así mismo muy bien cuidada: ocupando todo el edificio un cuadro que comprende las calles de San Francisco, la Solana y la del Baluarte.

La iglesia y convento de Recoletos, de PP. agustinos descalzos, que llegaron á esta Capital en el año 1606; tiene buena y sencilla fábrica y bastante capacidad. Se ocupó posteriormente á la invasion de los ingleses, por la comunidad que anteriormente habitaba su primitivo convento en el campo de Bagumbayan, que se titulaba de San Juan. Ocupa el actual edificio un terreno que comprende parte de las calles de Recoletos, Cabildo y la del Baluarte.

Existia antiguamente una hermosa iglesia en la calle de Palacio, esquina á la de la Victoria, titulada de San Ignacio ó de la Compañía, de hermosa construccion y grandiosas proporciones, con elegante fachada, y enlosado de jaspes sacados de los montes de San Mateo; se edificó en el año de 1727. Los temblores ocurridos en Manila en el mes de Setiembre del año 1852, arruinaron por completo esta hermosa iglesia, que pertenecía á los PP. de la Compañía de Jesus; los cuales á su vuelta á estas islas en el año presente, han ocupado una casa en la calle del Arzobispo donde están construyendo una capilla.

La iglesia de San Juan de Dios y su hospital, está comprendida entre las calles Real, la del Baluarte, la de San Francisco y la de San Juan de Dios. Dos religiosos hospitalarios de San Juan de Dios de la Nueva España llegaron á estas islas en 1644, y fundaron convento de convalecencia en Bagumbayan, existiendo

dentro de Manila entonces un hospital, á cargo de la mesa de la Santa Misericordia; y se hizo entrega de él á dichos religiosos, en 31 de Mayo de 1656, para asistir á los enfermos segun su instituto: arruinado dos veces el Hospital por temblores de tierra, se construyó el actual en Noviembre de 1728 con espaciosas salas de enfermería.

(Se continuará.)

R.

EFEMERIDES ESPAÑOLAS.

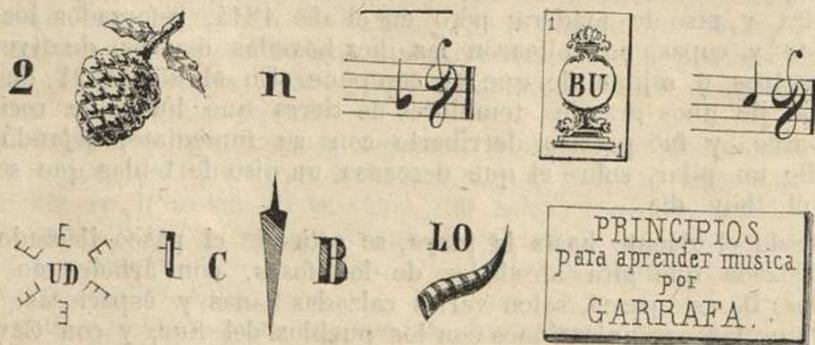
SEGUNDA QUINCENA DE OCTUBRE.

Dias.	Años.	ACONTECIMIENTOS.
16	1425	D. Juan II contrae matrimonio con Doña María, hija de D. Fernando de Aragon.
17	1812	El General francés Descuret padece una considerable derrota inmediato á la ciudad de Soria.
18	1469	El arzobispo de Toledo, autorizado por los Estados de Castilla, bendice en Valladolid la union de D. Fernando V de Aragon y de la princesa Doña Isabel.
19	1593	El Gobernador de estas Islas, Gomez Perez Dasmariñas, sale al frente de una escuadra del puerto de Cavite, á fin de castigar á los piratas de las Molucas.
20	1509	El cardenal Cisneros al frente de un respetable ejército, se apodera de la plaza de Oran.
21	1805	Combate de Trafalgar en el que las flotas combinadas de España y Francia fueron derrotadas por la inglesa, al mando del célebre almirante Nelson.
22	1520	Carlos I de España se corona en Aix-la-Chapelle.
23	1623	Se recibí en Manila la noticia de la canonizacion de San Ignacio y San Francisco Xavier.
24	1750	Espantoso terremoto que sumergió el Callao de Lima.
25	1593	Toma el mando interino de estas Islas el licenciado D. Pedro Rojas.
26	1807	Se firma en Fontainebleau el famoso tratado de este nombre.
27	719	Batalla de Deva ganada por D. Pelayo á las huestes agarenas.
28	1085	Alfonso VI gana á los moros la ciudad de Toledo.
29	1402	Se someten al reino de Castilla las islas de Fuerteventura, Gomera y Hierro, de las Canarias.
30	1520	Hernan-Cortés solicita de la corte se denominen <i>Nueva-España</i> las tierras que hasta entonces habia conquistado.
31	1537	Batalla de las Salinas (Reino del Perú) entre las tropas de Pizarro y Almagro.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

El tiempo sigue engafado.

Geroglífico.



MANILA 1859. IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE RAMIREZ y GIRAUDIER, EDITORES. Calle del Beaterio n.º 10.